díamos ya mejor por señas que por la lengua. Cuando ya se juntaron los combatientes, yo estaba paseándome por la cuadra, mi rosario en la mano como un ermitaño, y en el aposento mi criado. Trataron de volver á jugar, y el tercero dijo lo que le habia pasado, que no halló á cierto amigo que le habia de dar dineros; empero que si querian fiar de su palabra hasta otro dia, jugaria papeles. El ciudadano dijo : De buena gana lo hiciera, mas téngolo por mohina, y siempre pierdo. Desbaratábase ya la conversacion, y cada uno queria recojerse, y así antes que lo hiciesen, dije: Pues ese caballero no juega, cuando no sea mas de para entretenimiento de pasar un rato de la noche, y que no se deje tan santa obra por falta de un tercero, si vuesas mercedes gustan de ello, yo tomaré un poco las cartas. Alegráronse mucho porque les parecí tordo nuevo, que aun el pico no tenia embebido, y que me tenian ya en sus bolsas el dinero, y por parecerles que si perdia la moneda jugaria tambien la cadena (la cual yo descubrí adrede, quitándome los botones del sayo), y que si me picaba, como era mozo, no habria de tener sufrimiento para dejar de *arrojarles la soga tras el caldero, hasta que fuesen rocin y manzanas*. Comenzar queríamos nuestra faena, y para ello llamé á Sayavedra, y díjele : Daca de ahí algun dinero si tienes. Él sacó hasta cien reales que yo le habia dado para que me diese, y apartóse un poco de allí en cuanto se comenzó á bullir el juego, y llamándole á despabilar, le dije : ¿Hemos de hacer esto nosotros? Tanto tienes allá que hacer ó que dormir que no estarás aquí para lo que fueres menester. Él calló, y estúvose quedo, de manera y en parte que ninguna persona del mundo pudiera juzgar mal de él, porque jamás me miró ni quitó la mano del pecho, y de este modo me decia cuanto por allá pasaba. Y aunque siempre nos entendimos, no siempre me di por entendido, ni me aprovechaba de la cautela, antes cuando ganaba dos ó tres manos, me holgaba de perder algunas. Dejábalos otras veces cargar sobre mi dinero; empero, ni mucho ni siempre, porque no me diesen pellizco y me dejasen; dejábalos tocar, pero no entrar, y despues dábales otra carga para picarlos. Escaramucé de manera con ellos, y con tal artificio, que los traje siempre golosos. Ya cuando me pareció tiempo que se querian recoger, y tenian los frenos encima de los colmillos para estrellarse adonde quiera, parecióme darles alcance, y viéndolos en la red, arrojéme á ellos y al dinero, trayéndole á mi poder en pocos lances. Debí de ganarles á los dos lo que le habian ganado antes al tercero. Quedaron tan corridos y picados, que me la juraron para el siguiente dia, desafiándome al mismo juego. Aceptéselo de buen ánimo, vinieron, y dejéme perder hasta treinta escudos, con los que se levantaron, porque con sola esta pérdida los quise tener entretenidos y cebados, y el uno de ellos dijo : Alarguémonos algo, porque ya

es tarde; respondíle á esto : Antes por la misma razon lo será mayor que nos acostemos, y lo dejemos para mañana, que siendo vuesas mercedes servidos lo podremos hacer tomándolo de mas temprano, y jugando cuan largo les diere gusto. Holgaron de oirme y de haberme ganado, creyendo que habia mucho que poderme ganar. Otro dia se juntaron con muy gentiles bolsas de doblones castellanos, bien armados y á punto de guerra, y tendieron sobre la mesa puños de ellos de á dos, de á cuatro, y algunos de á diez, como si fueran de cobre, diciendo : Buen ánimo, soldado, que aquí tiene vuesa merced esto á su servicio, y respondíles : Aunque yo no soy tan rico que pueda servir á vuesas mercedes con tanta moneda, no me faltará la voluntad, á lo menos como de un criado. Quise decirles, para pasar á mi poder esa bella compañía de hombres de armas. Comenzamos á jugar, y fuílos cansando poco á poco dándoles cuerda, hasta que viéndolos ya parejos, les di una bella rociada, y en pocas manos vi puestos en estas mias mas de quinientos escudos, con lo cual no quisieron jugar mas hasta otro dia, que dijeron que volverian.

Holguéme mucho de oírselo, tanto porque ya tenian pareja la sangre, y yo sosegado el pecho, cuanto por parecerme que aquello me bastaba para entonces; empero no sabré decir cuanto me alegré de que se alzasen ellos, que siempre lo tuve por costumbre, para no mover ocasion de pendencia, que saliese de su voluntad jugar ó no jugar. Ellos en buen hora se fueron, y yo temeroso que por ventura el natural como natural, y el forastero, como necesitado, me hiciesen alguna demasía; pues ya yo sabia como corria la justicia de la tierra, y así á Sayavedra cuando estuvimos á solas, que sin hablar palabra ni decir adonde hacíamos el viaje, tomase por la mañana caballos para ir la vuelta de Milan. Así se puso en obra, dejándolos mohinos y sin blanca.

CAPÍTULO IV.

Caminando á Milan Guzman de Alfarache, le da cuenta Sayavedra de su vida.

A Milan caminábamos con tanta priesa como miedo, que como es alto de cuerpo, de lejos lo divisaba, y siempre con su sombra me temblaba el corazon, recelando el peligro en que él mismo me habia puesto, porque siempre creí que ninguna culpa quedó sin pena, ni malo sin castigo. Ya deseaba que naciesen con alas

los caballos para que volara el mio. Mas pobre de mí que lo mismo fuera, pues tambien las tuvieran los otros para darnos alcance. Todo lo veia lleno de malezas, en todo temia peligro, y mas en la tardanza. Yo con mis pensamientos, y Sayavedra con los suyos, íbamos mudos ambos, aunque con gran diferencia, que solo el mio era de verme puesto en salvo; y Sayavedra deseando saber lo que habia de tocar de las monedas. Fuimos caminando grande rato, hasta que por despedir el temor que tanto me atribulaba, olvidándole con algun entretenimiento, pareciéndome ser tan de locos callar mucho por los caminos, como hablar mucho en las plazas, dije á Sayavedra que tratásemos alguna cosa, ó me contase algun cuento de gusto. Entonces él, hallando su bola en medio de los bolos, tomó por donde quiso, y dijo: De un cuento quisiera yo que hubiera sido el gusto de la ganancia, mas yo confio que haber venido á servir á vuesa merced será, no solo para satisfaccion de mi deuda, pero aun para gran exceso de granjería. Holguéme de oirle, y que me hubiese tocado en aquella tecla, y así le respondí: Hermano Sayavedra, lo pasado pasado, que no hay hombre tan hombre que por aquí ó por allí no tenga un resbaladero, todos vivimos en carne, y toda carne tiene flaqueza; otros la tienen por otros caminos, así como diste tú en este. Dios guarde mi juicio, que no sé lo que será de mí; tan ocasionado me veo como el que mas para cometer cualquier atrevimiento, que quien dió en el pasado (pues no fué menos que hurto ganar con engaño la miseria de aquellos pobretos, que quizá era todo el remedio de sus vidas), no perdonara un talego si le hallara huérfano de padre y madre, aunque tuviera mil escudos. Y pues dimos en esto, y de tu entendimiento conozco que se te alcanza cualquier lance, creo que habrás echado de ver que ni trato en Indias, ni soy Fucar, soy un pobre mozo como tú, desamparado de su comodidad por las causas que bien sabes, y no con mas ni mejor oficio del que has visto. Ya que no tengo de hacer vileza, ni tener mal trato, á lo menos he de procurar honrosamente mi sustento, como debe hacerlo cualquier hombre de bien, sin dejarme caer punto de aquel en que mis padres me dejaron, y mi fortuna me puso. Que si el embajador mi señor me tuvo en su casa y le serví, fué por el amor que me tuvo desde niño, y por la instancia que hizo con mis padres, cuyo conocimiento fué muy antiguo un tiempo que se conocieron en París, y así me pidió, diciéndoles que me queria hacer hombre. Mas ya que aquello me sucedió, y de su casa salí, no pienso volver mas á ella si no fuere descansado y rico. Donde quiera se amasa buen pan, y ya el de Roma me tiene muy ahito. Y no será maravilla que todos busquemos manera de vivir, como la buscan otros de menos habilidad; sino, pon los ojos en cuantos hoy viven, considéralos, y hallarás que van buscando sus acrecentamientos, y faltando á sus obligaciones por aquí ó por allí: cada

uno procura valer mas. El señor quiere adelantar sus Estados, el caballero su mayorazgo, el mercader su trato, el oficial su oficio, y no todas veces con la limpieza que fuera lícito, pues algunas acontece que por meter los codos en la ganancia se zambullen hasta los ojos; no quiero yo decir en el infierno, dilo tú que tienes mayor atrevimiento. En resolucion, todo el mundo es la Rochela en este caso, cada cual vive para sí; quien pilla pilla, y solo pagan los desdichados como tú. Si fueras ladron de marca mayor, de estos de á trescientos, de á cuatrocientos mil ducados que pudieras comprar favor y justicias, pasaras como ellos; mas los desdichados que ni saben tratos, ni toman rentas, ni receptorías, ni saben alzarse á su vez con mucho, concertándose despues por poco, pagando en tercios, tarde, mal y nunca, esos bellacos vayan á galeras; ahórquenlos, no por ladrones (que ya por eso no ahorcan) sino por malos oficiales de su oficio. Diréte lo que le oí á un esclavo negro entre bozal y ladino, que viene bien aquí. En Madrid, en el tiempo de mi niñez que allí residí, sacaron á hacer justicia de dos adúlteros, y como esto, aunque se practica mucho, se castiga poco, que nunca faltan buenos y dineros con que se allane, con todo, por esta vez, y con el marido de esta mujer, no aprovecharon. Salió mucho número de gente á verlos, en especial mujeres, que no cabian por las calles, en toda la plaza, ni ventanas, todas lastimadas de aquella desgraciada. Ya cuando el marido la tuvo cortada la cabeza, dijo el negro: *¡Ah Dios! ¿cuánta se ve que se la puede hacer?* Bien pudiéramos tambien decir, cuántos hay que condenan otros á la horca, donde parecieran ellos muy mejor y con mas causa. De nada me maravillo ni hago ascos: *Bailar tengo al son que todos, dure lo que durare como cuchara de pan.* Y pues dices que quieres mi compañía, y gustas de ella, no creo se te hará mala, ni dificultosa de llevar; porque soy compañero que sé agradecer y estimar lo que por mí se hace. *A las obras me remito;* ellas darán testimonio el tiempo andando. Mas porque tambien el premio es quien adelanta la virtud, animando á los hombres con esfuerzo, y es flaqueza de ánimo no tenerle cuando de él puede resultar alguna gloria ó beneficio, ni cumple la persona con lo que debe cuando no trabaja, pues nació para ello, y de ello se ha de sustentar, será muy justo que conforme á lo que cada uno metiere de puesto saque la ganancia. Paréceme dar asiento á esto como primera piedra del edificio, y despues trataremos de lo que se fuere mas ofreciendo. De todo lo que cayere ó se nos viniere á las manos, así de frutos caidos como por caer, se harán tres partes iguales, de todas las cuales tendrás tú la una, y la otra será para mí, y la tercera para gastos de avería, que todas veces hace buen tiempo, ni podremos navegar á viento en popa, ni con bonanza: y si arribáremos, es bien que no nos falten bastimentos; y si embistiéremos ó diéremos en bajío, no

falte bajel en que salvarnos. Esta parte se pondrá siempre separada, ha de ser como un erario para socorro de necesidades: que si con tiento vamos, pues entendimiento no falta, y entendemos algo de pilotaje, no me contento menos que con un regimiento de mi tierra, y hacienda con que pasar descansadamente antes de seis años. Alarga el ánimo á lo mismo, que tambien tendrás otro tanto con que poder volver á Valencia, no andes á raterías hurtando cartillas, ladron de coplas, que no se saca de tales hurtos otro provecho que infamia. En resolucion morir ahorcados, ó comer con trompetas; que la vida en un dia es acabada, y la de los trabajos es muerte cotidiana. Cuanto mas, que si nos diéremos buena maña, presto llegaremos á mayores, y no tendremos que temer; porque serán todos los meses de á treinta dias, y como son á oscuras todos los gatos negros, entenderémonos á coplas, que *un lobo á otro nunca se muerde*. Aquí tienes tu tercio de lo pasado si lo quisieres luego, que no es justo retener á nadie su hacienda: hágate Dios bien con lo que fuere tuyo, y dénos gracia para que con tal pié y buena estrella, se funde la compañía, y que no vengamos á manos de piratas, que no tienen ojo á mas que desflorar lo guisado, y comer el hervor de la olla. Con esto, y mostrarme liberal, fué asegurarle la persona para que no me dejase, porque habiendo de buscar marisco, no pudiera hallar compañero mas á propósito, ni tan bueno. Además de que siendo igual mio, era criado, y me reconocia por amo; que no es pequeña ventaja para cualquiera cosa llevar la mano. Él quedó tan rendido como agradecido, y de uno en otro lance vine á preguntarle la causa que le habia movido á robarme, y dijo: Señor, ya no puedo, aunque quisiese, dejar de hacer alarde público de mi vida, tanto por la merced recibida con tanta liberalidad en todo lo pasado, como por ser notoria, y porque con quien se ha de vivir ha de ser el trato llano, sin tener algo encubierto; que no solo á confesores, letrados y médicos ha de tratarse siempre verdad; pero entre los de nuestro trato, jamás faltó para podernos conservar. Y cumpliendo con tantas obligaciones, vuesa merced sabrá que soy Valenciano, hijo de padres honrados, que aun podrán ser conocidos algun dia por la fama, pues ya (sea Dios loado) son difuntos. Fuimos dos hermanos, y entrambos desgraciados, ya fuese porque de niños quedamos consentidos, ya porque dejándonos llevar de los impulsos de nuestro apetito, sin hacerles la debida resistencia, consentimos en esta tentacion (que mejor diria dimos en esta flaqueza), no creyendo los daños venideros, antes bien cebándonos con presentes gustos, hasta que ya resueltos una vez á ello, no se pudo volver atrás. El otro mi hermano es mayor que yo, y aunque ambos y cada uno teníamos razonable pasadía, mas aun eso no nos puso freno; tanta es, ó fué la fuerza de nuestra estrella; y tanto la de la mala inclinacion á no esquivarnos de ella, que pospuesto el honor, con mas

deseo de ver tierras que de sustentarle, salimos á nuestras aventuras. Mas porque pudiera ser no sucedernos de la manera que teníamos pensado, y para que en cualquier trabajo no fuéramos conocidos, ni pudiéramos quedar con infamia, fuimos de acuerdo en mudar los nombres. Mi hermano, como buen latino y gentil estudiante, anduvo por los aires derivando el suyo: llamábase Juan Martí, hijo de Juan Lujan, y del Martí, y volviéndole por pasiva, llamóse Mateo Lujan. De esta manera desbarró por el mundo, y el mundo (me dicen) que le dió pago tan bien como á mí. Yo como no tengo letras, ni sé mas que un monacillo, eché por esos trigos, y sabiendo ser caballeros principales los Sayavedras de Sevilla, dije ser de allá, y púseme su apellido. Mas ni estuve jamás en Sevilla, ni de ella sé mas de lo que aquí he dicho. De esta manera salimos en un dia juntos peregrinando, empero cada uno tomó luego su parte. De él me dicen algunos que de vista le conocen, que le vieron en Castilla, y por la Andalucía muy maltratado; que de allí pasó á las Indias, donde tambien le fué mal. Yo tomé otra diferente derrota, fuíme á Barcelona, de donde pasé á Italia con las galeras, gasté lo que saqué de mi casa, halléme muy pobre, y como la necesidad obliga muchas veces (como dicen) á lo que el hombre no piensa, rodando y trompicando con la hambre, dí conmigo en el reino de Nápoles, donde siempre tuve deseo de residir, por lo que de aquella ciudad me decian. Anduve por todo él gastando de lo que no tenia, hecho un muy gentil pícaro, de donde dí en acompañarme con otros como yo, y de uno en otro escalon salí muy gentil oficial de la carda. Híceme camarada con los maestros, lleguéme á ellos por cubrirme con su sombra en las adversidades; así les anduve subordinando porque mi pobreza siempre fué tanta, que nunca tuve caudal con que vestirme para poner tienda de por mí; no por falta de habilidad, que mejor tijera que la mia no la tiene todo el oficio; pudiérales leer á todos ellos cuatro cursos de latrocinio, y dos de pasante, porque me dí tal maña en los estudios cuando le aprendí, que salí sacre. Ninguno entendió como yo la cicatería: fuí muy gentil caleta, buzo, cuatrero, maleador y mareador, pala, poleo, escolta, estafa y zorro; ninguno de mi tamaño, ni mayor que yo seis años, en mi presencia dejó de reconocerse bajamanero y bahari. Mas como por antigüedad y reputacion tenian tiranizado el nombre de famosos, eran los Césares ellos, y á nosotros los pobretos nos traian de casa en casa fregando la plata, haciendo los ojeos, buscando achaques, preguntando en unas partes: ¿Vive aquí el señor fulano? ¿Han menester vuesas mercedes un mozo? ¿Quieren comprar un estuche fino? y era de los que cortábamos á las mujeres, que haciéndolos aderezar con cintas nuevas, los íbamos á vender.

Otras veces fingíamos entrar á orinar, y si acertábamos con la caballeriza, donde nunca faltaba la manta de la mula, el almohaza

ó criba, la capa del mozo y el trabon, cuando mas no podíamos; y si acaso allí nos veian, luego bajándonos al suelo, soltando la cinta de los calzones, nos poníamos á un rincon, y en diciéndonos: Ladron, ¿qué haceis vos aquí? nos levantábamos atacando, y respondíamos: Mire vuesa merced cómo y con quién habla, que no hay aquí ningun ladron: halléme necesitado de la persona, y entréme aquí dentro. Unos lo creian, otros no, empero pasábamos adelante. Otras veces tomábamos por achaque (y no malo) entrarnos por toda la casa hasta hallar en qué topar; y si nos veian, luego pedíamos limosna. Con estos y otros achaques no habia clavo en pared que no contásemos, ó quitásemos; nada tenia seguridad. Yo era rapacejo, delgadillo, de pocas carnes, trazador, y sobre todo ligero como un gamo, acechaba de dia el trabajo de la noche, sin empacharme por el tiempo, y á pesar del sueño. Asistíamos de dia como buenos cristianos á las iglesias, á sermones, misas, estaciones, jubileos, fiestas y procesiones. Ibamos á las comedias, á ver ajusticiados, y á todas y cualesquier juntas donde sabíamos haber concurso de gente, procurándonos hallar continuamente en el mayor aprieto, entrando y saliendo por él una y mil veces, porque de cada viaje no faltaba ocupacion provechosa; ya sacábamos las dagas, lienzos, bolsas, rosarios, estuches, joyas de mujeres, y dijes de niños. Cuando mas no podia, con las tijeras que siempre andaban en la mano, del mejor ferreruelo que me parecia, y del mas pintado gentilhombre le sacaba por detrás ó por un lado (si acaso con el aprieto se le caia) para tres ó cuatro pares de soletas, y lo que yo de esto mas gustaba era verlos ir despues hechos un retrato de san Martin, con media capa menos, dándole vueltas, y haciendo gente, y así se iban corridos, viendo cortadas las faldas por vergonzoso lugar. Cuando esto no bastaba, nos llegábamos á las colgaduras de seda ó tela de oro, que nunca reparábamos en hacerles cortesía, mas á esto que á eso otro, ántes: *A mas Moros mas ganancia,* y por lo bajo de ellas sacábamos á una pieza ó dos (como teníamos la ocasion y tiempo) lo que mejor podíamos, y en los aires hacíamos de ello cuerpos á mujeres, bolsas, manguitas á niños, y otras mil cosas á este tono, acomodándolo siempre como no se perdiese hilo, en aquello que mas y mejor podia servir. Poco á poco nos vinimos allegando á la ciudad, con la fama de que venia nuevo virey, que á tales fiestas, á toros y ferias caminábamos de cien millas cuando era necesario. El coste del camino era siempre poco, que de unos lugares íbamos proveidos para los otros de muy buenas gallinas, capones, pollos, palomas duendas, jamones de tocino, y algunas alhajas que con facilidad se nos venian á la mano. Porque como para tomar buena posada se procuraba entrar siempre con sol, en aquel breve tiempo hasta las horas de recogernos, recorríamos los portillos de todo el pueblo, y cuanto habia dentro, con achaque de ir pidiendo para

un estudiante pobre que vuelve á su tierra necesitado. No tanto por lo que nos habian de dar, cuanto por lo que les habíamos de quitar, dando vista por los gallineros para trazar como mejor poderlos despoblar. Además que para las ventas y cortijos llevaba sedales fuertes, con finos anzuelos y con un cortezoncito de pan, y seis granos de trigo, se nos venian á las manos, y jamás eché lance que dejase de sacar pez tan grande como el brazo. Y á mal suceder, cuando se caia la casa, y no se hallaba que comer, á lo menos una muy bella posta de tenera no nos podia faltar como lo quisiésemos, de la primera y mas pintada que hallábamos en el camino. Luego que á Nápoles llegamos anduvo los primeros dias muy bueno el oficio, trabajóse mucho, muy bien y de provecho. Vestíme de manera que con la presencia pudiera entretener la reputacion de hombre de bien, y engañar con la pinta. Y si como la entrada que hicimos de juego de cañas, de oro y verde, solemne y bien sazonada de sal, no se nos percudiera despues á los fines por mi poco sufrimiento, de allí quedara en buen puesto; mas harto hice con escapar el pellejo, y sanas las aldabas. Yo tuve la culpa que me saliesen los huevos güeros, mas sea Dios loado, pues que pudiera ser el daño mayor, y aqueso me puso consuelo. Uno de mis camaradas era de la tierra, criado de un regente del consejo colateral, y sus padres le habian servido; diósele á conocer, fuéle á besar las manos, y no las volvió vacías, porque (holgándose de verle) le ofreció de hacer toda merced, y no al fiado, sino diciendo y haciendo, que pocas veces y en pocos acontece comer en un plato y á una mesa; mas cuando es el ánimo generoso, siempre se huelga de dar, y mas le crece cuanto mas le piden; porque siempre fué condicion del dar hacer á los hombres claros, cuanto los vuelve sujetos el recibir. Luego le acomodó en algunos negocios, á la verdad honrados, y dignos de otro mejor sugeto. Andábamos á su sombra hechos otros vireyes de la tierra, sin haber en toda ella quien se nos atreviera. Con este abrigo nos alargábamos á cosas en que por ventura nuestros ánimos no bastaran solos. Era él nuestra lengua, decíanos dónde habíamos de acudir, y cómo lo habíamos de hacer, á qué horas tendríamos mayor seguridad, por dónde podríamos entrar, y de qué personas nos habíamos de recelar: que (como diremos) los que hacen los hurtos mas famosos, mas calificados, y de importancia, son los allegados á las justicias; fáltales temor, tienen favor sobrado, llega la necesidad, ofrecese ocasion, remédielo Dios Todopoderoso. Iba yo un dia luchando á brazo partido con el pensamiento, deseoso de hallar en qué poder entretenerme, porque casi era medio dia y no habíamos ensartado aguja, ni dado puntada, pues volver á casa manivacío, sin haber llevado la provision por delante, y que por ventura los compañeros tuviesen ya labrada la miel, me llamarian zángano, que se la queria comer con mis manos lavadas; y así teníamoslo

por caso de menos valer, ir á mesa puesta sin llevar por delante la costa hecha: vi una casa de buena traza, y á lo que parecia mostraba ser de algun hombre honrado ciudadano. Entrmée por ella como si fuera mia, que nunca el tímido fué buen cirujano; aun allá en España dicen por estribillo las viejas á los medrosos cuando uno va despacio: *Anda, anda, que parece que vas á hurtar*. Donde quiera, y siempre me parecia entrar por mi casa, ó que iba con vara de justicia, y mandamiento de contado. Miré á una y otra parte, deseando hallar en qué topasen los ojos, y que diese que hacer á las manos; quiso la fortuna depararles encima de un bufete una saya grande negra de terciopelo labrado, de que pudiera bien sacar para tres pares de vestidos, calzones y ropillas, porque tenia mas de quince varas, y podian encajárselos, aunque fueran los mocitos mas curiosos de la tierra. Estuve acechando por todo aquello á ver si podria sacar aquella prenda sin costas ni daño de barras, y en toda la casa, ni en parte de ella sentí haber quien impedírmelo pudiese. Metíla debajo del brazo, y en dos cabriolas me puse de piés en la puerta de la calle. Cuando á ella llegué, llegaba tambien el señor de la casa, el cual era maestre Data en la ciudad, y viéndome salir asobarcado, preguntóme quién era, y por lo que llevaba. En aquel punto mismo saqué de la necesidad el consejo, y sin turbarme, antes con rostro alegre le dije: Quiere mi señora que se le tome un poco de alforza en esta saya, y se la recoja un poco de cintura, porque no le hace buen asiento por delante, y mándame que se la traiga luego. Él me dijo: Pues por vida vuestra, maestro, que se haga presto, y de vuestra mano. Con esto salí la calle abajo, dando mas vueltas que una culebra, ya por aquí, ya por acullá, por desmentir el rastro. Despues vine á saber por mi mal, que luego como en casa entró, sintió alborotado el bodegon, revuelto el palomar, y las mujeres á manga por hombro, dando y tomando sobre daca la saya, toma la saya, y la saya no parecia. Tú la quitaste, aquí la puse, acullá la dejé, quién salió, quién entró, ninguno ha venido de fuera, pues parecer tiene, los de casa la tienen, tú me la pagarás: andaba una grita y algazara que se venian los techos al suelo, sin entenderse los unos con los otros. En esto entró el dueño conociendo su yerro en haberme dejado salir con ella, y reportando á su mujer, la dijo, que un ladron la llevaba, contándola lo que conmigo habia pasado á su misma puerta: salióme á buscar, mas con mi buena diligencia me desaparecí por entonces, dando con la persona en salvo, y poniendo la prenda en cobro. Luego aquella noche me fuí á casa del gran condestable con deseo de poder ejecutar un lance que algunos dias antes habia hecho en borron; y aunque lo traia ya en blanco é hilvanado, nunca tuve ocasion para poderlo sacar en limpio hasta entonces. Juntábanse allí muchos caballeros á jugar, y de ordinario se solian hacer tres ó cuatro mesas, asistiendo de noche á ellas un paje ó

dos de guarda. Sobre cada tabla estaba puesta su carpeta de seda, y dos candeleros de plata; yo llevaba conmigo contrahechos un par de muy gentil estaño, y tales, que de los finos á ellos no se hiciera diferencia ni en la color ni en la hechura, buscados á propósito para el propio efecto. Llevé tambien dos velas, y todo bien cubierto me puse á un rincon de la sala, segun otras veces lo habia hecho, aguardando lance, y dando á entender ser criado de alguno de aquellos caballeros. Dos que jugaban á los cientos en una de aquellas mesas, pidieron velas; no habia allí mas de un paje, y tan dormido, que habiéndolas ya dos veces pedido no recordaba ni respondia. Yo acudí luego, y aderezando mis velas acá fuera, levantado el ferreruelo por cima del hombro como criado de casa, las metí en los candeleros que llevaba, y los de plata debajo del brazo, con lo que me fuí recogiendo hasta la posada, en donde, juntándolos con algunas otras piezas de plata que habia recogido, por quitarme de achaques y pesadumbres, si son mios, ó si son tuyos, daca señas, toma señas, de dónde los compraste, quién te los vendió, acogíme á lo seguro: hice de todo una pasta, y en un muy gentil tejo lo llevé á mi capitan, para que con su autoridad y buen crédito la vendiese. Hízolo así, sacó su quinto, segun le pertenecia, y dióme la resta en reales de contado, sin defraudarme un cabello. Ya era entre nosotros órden, que á nuestra cabeza le habíamos de acudir con aquella parte de todo lo que se trabajase, y esos eran sus derechos, tan bien pagados y ciertos como los de su Majestad en lo mejor de las Indias. Con esta gabela éramos de él amparados en cualquier peligro. Ninguno piense mascar á dos carrillos, que *no hay dignidad sin pension en esta vida*. Cada cual tiene sus dos hileras de dientes y muelas, todos quieren comer, en todo hay pechos y derechos, y corren intereses: *Una mano lava la otra, y entrambas la cara*; si me dan el capon, justo será que le dé una pechuga, y no hay dinero mejor empleado que en un ángel de guarda semejante. Palas hay tan tiranos y desalmados que luego estafan, y lo aplican todo para sí; quieren el pan y las maseras, el trabajo y el provecho, sin dejarnos otra cosa que el peligro y la pena de él, si nos cogen. Alzansenos á mayores, como Pizarro con las Indias: cuando mucho nos dan y grande merced nos hacen es de los escamochos, lo que no les vale de provecho, reservando para sí la gruesa del beneficio, como lo hizo Alejandro conmigo. Y despues cuando nos avizoran en la agonía, cálanse las gavias, y no conocen á nadie. Mas entre nosotros con este Milanés habia muy buen órden, porque de ninguna manera queria llevarnos mas de su solo quinto. Y si alguna vez teniendo necesidad nos pedia le prestásemos algo á buena cuenta, y si lo dábamos, luego lo asentaba en su libro, poniéndolo en el ha de haber, y á la márgen un ojo, á descontar. No, no, buena cuenta teníamos en todo siempre, solo faltaba que ayudase á cada uno su buena fortuna. Mis

compañeros no holgaban, que como buenos caseros, jamás vinieron con las manos en el seno. Éramos cuatro, tres á la faena, y el capitan para nuestra defensa. Ibamos algunas veces llevándole por delante, para que si alguno de nosotros diese salto en vago, hallándole con el hurto en las manos, hubiese quien le abonase ó volviese por él, dándole dos ó tres pescozones, enviándole de allí, diciendo: Andad para bellaco ladron, y voto á tal, que si mas os veo hurtar, os he de hacer echar á galeras. Creian con esto los presentes que serian aquellos gente honrada y piadosa; pasábamos con aquella fortuna. Otros habia tan pertinaces y duros, que con una cólera de fieras nos apretaban demasiado, no dejándonos de la mano hasta hacernos prender. A estos llegaban, y les decian: Deje vuesa merced á este bellaco ladron, déle cien coces, y no le haga prender, es un pobreto, y se comerá en la cárcel de piojos, ¿qué gana vuesa merced en hacerle mal? Salid de aquí, bellaco; y con esto nos daban un rempujon que nos hacian hocicar por sacarnos de sus brazos. Empero si todavía porfiaba, no queriéndonos largar, hacíamos nuestra diligencia en desasirnos, y volviámoslo pendencia, diciendo que mentia, que tan hombres de bien éramos como él: ellos en la fuga se metian de por medio en ademan de meter paz, ayudándonos á escapar y ponernos en libertad, y si necesario era, cuando no podian, derramaban el poleo, del aire buscaban achaque, incitando con palabras á venir á las obras, hasta que con el alboroto mayor se sosegaba el menor, y así nos escabullíamos. Otras veces que íbamos huyendo con el hurto, si alguno venia corriendo tras de nosotros, y nos daba alcance, salíale un compañero de través á detenerle, poniéndosele delante, y preguntando sobre que habia sido la pesadumbre, no dejándole pasar de allí, á modo de querer poner paz y sosegarle; y por muy poquita demora que de cualquier manera hubiese, les tomábamos grandísima ventaja, porque además de la que siempre hace quien huye á quien corre, pone alas en los piés el miedo en casos tales. Los que corren se cansen presto naturalmente con el corto ánimo de hacer mal que los desmaya, no obstante que quieran y lo procuren: mas esles imposible forzar á la naturaleza, la cual siempre favorece á los que desean salvarse. De una ó de otra manera, siempre los detenian. Otras veces nos abonaban cuando habia pasado la palabra con el hurto, y no se nos hallaba, porque ya lo teníamos de allí tres calles ó cuatro: de manera que sus buenas palabras, intercesiones y abonos hacian que fuésemos libres de la mala opinion que se nos achacaba. En todas maneras, por acá ó por acullá, hacíamos nuestra hacienda, pesase á quien pesase, que para todo habia traza. Mas una vez que me descuidé, saliendo un poco á mariscar sin escolta y por el campo, no me la cubrirá pelo, ni se me caerá tan presto de encima. Mis pecados, y otro no, me sacaron á pasear un dia

por fuera de la ciudad, y como cerca de un arroyo estuviese sobre la yerba tendida mucha ropa, y el dueño de ella tras de un poco de repecho á la sombra de una pared, parecióme que ya debia de estar bien enjuta, ó á lo menos que lo estaba cuanto á mí me era menester. Dióme gana de doblar dos ó tres camisas buenas, que me parecia que me vendrian bien, y con facilidad lo hice, mas envolvílas, no quise pararme allí á doblarlas por hacerlo en mi posada con mayor comodidad y espacio: el dueño, que era una mujer de la maldicion, por estar, como dije, vueltas las espaldas, no pudo verme, mas no faltó quien, doliéndole poco las mias, y como á paso largo me iba trasponiendo, la dió el soplo. Levantó la buena mujer el tiple, que lo ponia en el cielo, y dejando una muchacha suya en guarda de lo que allí la quedaba, dió á correr en pos de mí; de manera, que viéndome perdido, con todo el disimulo del mundo, sin volver el rostro, ni mas mudanza que si conmigo no las hubiera, dejé caer en el suelo la mercadería, y pasé de largo con el paso compuesto sin alborotarme. Yo creí que la mala hembra, teniendo ya lo que la faltaba en sus manos tal vez se holgaria; mas no lo hizo así, que si primero daba gritos, era entonces voces con que hundia el campo todo. No era lejos de la ciudad, ni en parte tan sola, que dejasen de oirlo muchachos: juntáronse tantos, y con ellos tantos gozques, que parecian enjambres. A la grita de ellos me pescaron vivo unos mancebos, de cuyo poder ya fué imposible defenderme. Desde aquel dia comencé á tomar tema contra esta gentecilla menuda, que nunca mas me pudieron entrar de los dientes adentro, destruyéronme con perseguirme. Cuando aquesto me decia Sayavedra, me venia á la memoria un famoso borracho de Madrid, el cual como le acosasen los muchachos, y le maltratasen mucho, cuando llegó á la boca de una calle, se bajó por dos piedras, y arrimándose á una esquina, les dijo: Ta, ta, vuesas mercedes no han de pasar adelante, suplícoles que se vuelvan, que yo doy la merced por ya recibida: si este hiciera otro tanto, quizá que se volvieran, como lo hicieron con el otro. Dijo luego, y en verdad, que donde quiera que se junta esta mala canalla, ningun hombre de bien puede hacer cosa buena. Yo voy huyendo de ellos, como de la horca, y faltó poco para subirme á ella, porque de sus manos me sacó la justicia, y me pusieron tras la red. Cuando esto me sucedió, luego hice dar aviso á mi capitan, que apenas alcanzó ó oir el grito, cuando en dos piés ya estaba conmigo informándome bien de lo que habia de hacer y decir. De allí se fué al notario, hablóle diciendo conocerme por hijo de padres muy honrados y nobles en España, que no era posible creerse cosa semejante de un caballero como yo: y en caso que fuera verdad, no era mucho de maravillar que con la mocedad, viéndome, si acaso lo estaba, con alguna necesidad, ó apretado de la hambre, me hubiese atrevido para

redimirla : empero que todo era de poca ó ninguna consideracion y ratería, de la que no se debiera hacer caso, tanto por su poca sustancia, cuanto por mi mucha calidad y á causa de mi linaje. Con estas buenas palabras y su mejor favor, me puso dentro de dos horas á la puerta de la cárcel. A Dios pluguiera que no hubiera sucedido ni en aquellas otras tres, hasta que fuera muy bien de noche, mas pues así sucedió, sea su bendito nombre loado para siempre. El pecado del portero, que siempre me perseguia en los umbrales de las casas, no se olvidó entonces en los de la cárcel; pues antes que me dejase sacar el pié á la calle, á la misma salida dí de ojos con el maestre Data, que andaba solicitando la soltura de un preso. Así que me vió y conoció, dióme tal rempujon á dentro que me hizo caer de espaldas en el suelo, y cargándose sobre mí, dijo al portero que echase el golpe; hízolo, y quedéme dentro : volviéronme á encerrar, púsome acusacion, apretándome de manera, que ni ruegos ni el interés de la saya fueron parte para que se bajase de la querella. Era hombre que podia, hiciéronse todas las posibles diligencias, ni me valió informacion de hidalguía, ni mi poca edad, para que á buen librar, y como si me lo dieran de limosna, por via de transacion y concierto, y con todo el favor del mundo, me dieron una pesadumbre, y tal, que no se me caerá para siempre. Por camisas fué, y sin ella me sacaron de medio cuerpo arriba, echándome desterrado de allí para siempre : con lo cual se quedó el majadero sin la saya. Ved á lo que llega un hombre necio abatanado, que quiso mas hacerme mal, que cobrar su hacienda. A mí me fué forzoso dejar la tierra y compañía, recogí la pobreza que habia juntado, y salí de allí vagando por toda Italia, hasta llegar á Bolonia, donde me recibió en su servicio Alejandro; el cual tiene por trato salir á corredurías fuera de su tierra, y en haciendo la cabalgada, se vuelve á sagrado con ella. Cuando nos hallamos en Roma en el fracaso de vuesa merced, solo era nuestro fin aguardar que se levantase alguna pelaza, de donde con seguridad pudiéramos alzar algun par de capas ó sombreros, mas como no hubo tiempo, trazamos luego el hacer el hurto, haciéndome cabeza de lobo, como siempre tenian costumbre, para sacar ellos en todo mal suceder las manos limpias. Esto me venia diciendo cuando llegamos al fin de la jornada; quedóse así la plática, entrándonos en la hostería, donde se nos dió lo necesario para pasar luego el camino adelante.

CAPÍTULO V.

Sayavedra halla en Milan á un amigo suyo en servicio de un mercader; Guzman de Alfarache les da traza para hacerle un famoso hurto.

Atento, entretenido y admirado me trajo Sayavedra esta jornada; y tanto, que para las demás que faltaban hasta Milan, siempre hubo de qué hablar, y sobre qué replicar, porque me hizo grande contradicion, y dificultoso de creer que hombres nobles, hijos de padres tales, permitan dejarse llevar tan arrastrados de sus pasiones, que olvidado el respeto debido á su nobleza, con trato de caridad y buena policía, sin precisa necesidad hagan bajezas, quitando á otros la hacienda y honra, que todo lo quita quien la hacienda quita, pues no es uno estimado en mas de lo que tiene. Decia yo entre mí : Si á este Sayavedra (como dice) le dejó tan rico su padre, ¿cómo ha dado en ser ladron, y huelga mas de andar afrentado, que vivir temido y respetado? Si se cometen los males, hácese por la sombra que muestran de bienes; empero en el padecer no hay esperanza de ellos. Luego revolvia sobre mí en su disculpa, diciendo : Saldríase huyendo muchacho como yo; representáronseme con su relacion mis propios pasos, mas volvia diciendo : Ya que todo eso así es, ¿porqué no volvió la hoja cuando tuvo uso de razon, y llegó á ser hombre haciéndose soldado? Tambien me respondia en su favor : ¿Y porqué no lo soy yo? Veo la paja en el ojo ajeno, y no la viga en el mio. Donosa está la milicia para que se aficionen á ella, buena paga les dan, bien lo pasan para que olvide un hombre su regalo, y aventure su vida en ella. Ya todo es mohatra, mucho servir, madrugar y trasnochar, el arcabuz á cuestas, haciendo centinela todo el cuarto en pié, y si es perdida en dos, y sin bullirlos de donde una vez los asentaren, lloviendo, tronando y venteando, y cuando á la posada volveis, ni halleis luz con que os acostar, lumbre con que poderos enjugar, pan que comer, ni vino que beber, y siempre andais muertos de hambre, sucios y rotos. No le culpo; empero á su hermano mayor, el señor Juan Martí, ó Mateo Lujan, como mas quisiere que sea su buena gracia, que ya tenia edad cuando su padre le faltó para saber mal y bien, y quedó con buena casa y puesto, rico y honrado, ¿qué diablo de tentacion le vino en dejar su negocio, y empacharse con tal facilidad en lo que no era suyo, queriendo quitar capas? ¡Cuánto mejor le fuera ocupar su persona